



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

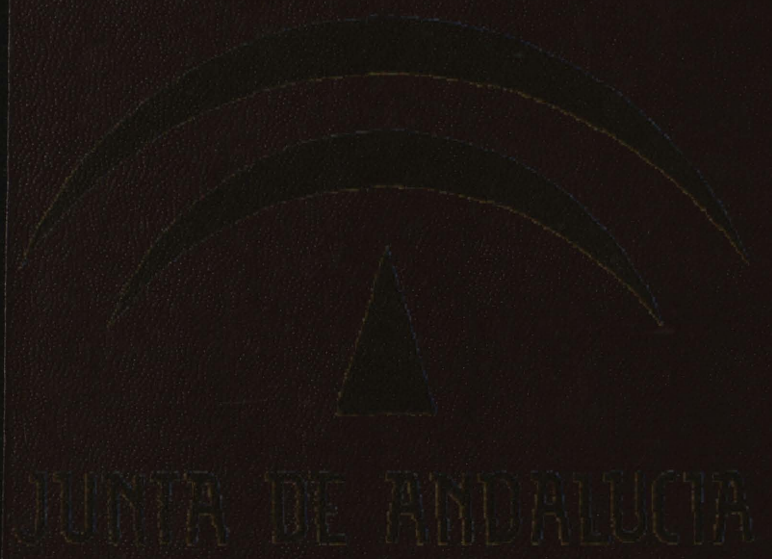
Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es



EGUIAZ,
YANGUAS
LETRAS
ARABICAS
EN EL
ALFABETO
CASTELLANO

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

A-3
4
5

ESTUDIO

SOBRE EL

VALOR DE LAS LETRAS ARÁBIGAS EN EL ALFABETO CASTELLANO

Y REGLAS DE LECTURA

POR

D. LEOPOLDO EGUILAZ YANGUAS

Catedrático de Literatura general y española en la Universidad de Granada
y Correspondiente de la Academia de la Historia.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

1874.

R 263

ESTUDIO

SOBRE EL

VALOR DE LAS LETRAS ARABIGAS EN EL ALFABETO CASTELLANO

Y REGLAS DE LECTURA

POR

D. LEOPOLDO EGUÍLAZ YANGUAS

Catedrático de Literatura general y española en la Universidad de Granada
y Correspondiente de la Academia de la Historia.

Donativo del Sr. Conde de
Romarques a la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

CONSEJERIA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

1874.

**BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA**

Est. A-3

Tabl. 4

N.º 5



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

PRÓLOGO.

Cuando en 1856 publicó D. Manuel Malo de Molina su libro *Rodrigo el Campeador*, lamentábase amargamente de la anarquía, que en punto á la lectura y transcripcion de los nombres propios arábigos á la escritura castellana, reinaba entre nuestros literatos é historiadores, los cuales en una misma obra y en un mismo pasaje á veces usaban de pronunciaciões diversas.

Pero aunque el malogrado orientalista acometió con propósito generoso la árdua empresa de unificar la variedad en la lectura y transcripcion de los nombres arábigos en caracteres castellanos con una nueva clave de ortografia, no hizo más que agravar el mal que con tanta razon deploraba.

En 1861 se dió á la estampa en Madrid un curioso opúsculo de autor anónimo, titulado *Principios elementales de escritura y modelo de lectura*, en el cual, al tratar del alfabeto arábigo y de la correspondencia de sus letras con las nuestras castellanias,

se encuentran datos por extremo interesantes para fijar el valor y fuerza respectiva de las unas y las otras.

Pero no debió satisfacer este trabajo, cuando, al publicar la Academia de la Historia en 1867 el *Ajbar Machmuá*, la Comision de obras arábicas, nombrada por aquella ilustre corporacion para la version al castellano de los códices más importantes que encierran nuestras bibliotecas, creyó necesario fijar las bases que habian de servir de norma en lo sucesivo para obtener, por lo que respecta á la transcripcion de los nombres musulmanes á nuestro alfabeto, la uniformidad posible, considerando irrealizable una exactitud completa.

Digno del mayor encomio y alabanza fué este trabajo de la ilustrada Comision; pero por desgracia no produjo el resultado que se propuso, si se considera que, al publicar uno de sus más distinguidos miembros en 1872 su *Gramática de la lengua arábiga*, dió á muchas de las letras del alfabeto una representacion gráfica bien distinta por cierto de la convenida. Esta diversidad de pareceres procedia de un hecho, de que hace mérito el malogrado orientalista don Emilio Lafuente Alcántara, en la pág. ix de su Prólogo al *Ajbar Mahcmuá*, á saber: que al transcribir las letras del alfabeto arábigo al de los europeos, unos han adoptado la pronunciacion extrictamente gramatical, otros la vulgar de Argel, Marruecos, Siria y Egipto, limitándose á veces á representar cada sonido con aquellas consonantes que estimaban

como más análogas, y á veces añadiendo signos puramente convencionales.

Pues estos mismos defectos, contra la voluntad indudablemente de la ilustre Comision, se encuentran en el alfabeto que inserta el Sr. Lafuente en la página XII del Prólogo, cuyas correspondencias gráficas castellanas revelan por un lado el valor y fuerza dada á ciertas letras en el árabe literal; por otro la introduccion de signos convencionales distintivos de sonidos sinónimos, ó la adopcion de grupos de consonantes exóticas en nuestra lengua, y finalmente el prohijamiento de algunas que como la *ç* y la *k*, ó han sido espulsadas de nuestro abecedario, ó perdieron hace siglos su primitivo ser, ó fueron de rarísimo uso en nuestra escritura castellana.

Sin que yo pretenda ser más afortunado en esta difícil empresa de asignar á las articulaciones árabigas sus correspondencias castellanas, me he trazado en este estudio distinto derrotero; y considerando la imposibilidad de alcanzar en la transcripcion una exactitud completa, en vez de seguir el sistema ecléctico adoptado por la docta Comision, creí debia inspirarme en la lectura y representacion gráfica que, desde los cronistas latinos de la época de la reconquista, se ha venido dando tradicionalmente por los escritores castellanos á los nombres árabigos, así comunes como propios, hasta mediados del siglo XVII, en que se opera una gran transformacion en el alfabeto patrio. Unos y otros nos ofrecen en medio de su variedad el son y vigor que tenían las articulaciones

arábigas en los labios del pueblo español, al que en este punto es aplicable la sentencia del gran lírico latino: *quem penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi*. Cito á los cronistas españoles de la época latina de la reconquista con preferencia á los que escribieron en romance castellano, porque estos últimos no hicieron, en la generalidad de los casos, más que reproducir los nombres propios arábigos tal cual los encontraron en aquellas primeras fuentes, lo que ejecutaron sin esfuerzo ni violencia, mediante á la cuasi identidad fónica de ambas lenguas hasta comienzos del siglo xvii.

Por lo que respecta á los vocablos comunes y á su correspondencia en nuestra escritura castellana, he considerado de la mayor importancia, como aplicables á los propios, las reglas que nos da el doctísimo Fr. Pedro de Alcalá en su curiosísimo *Arte para saber ligeramente la lengua arábigo*, y en su *Vocabulista arábigo en letra castellana*, impreso en Granada en 1505; obra esta última superior con mucho ¹ al *Vocabulista in arábico*, que en 1871 dió á la estampa en Florencia C. Schiaparelli, alumno

¹ Este diccionario que (según se lee en el prólogo de Fr. P. de Alcalá) se hizo con la *instrucion de los onrrados y sabios alfaquis enseñados en las lenguas así arábigo como ladina*, es de una importancia inmensa, si se considera que la intencion de su autor fué *hacer un Vocabulista de la habla comun e usada de la gente deste reyno de Granada y quasi de los reynos comarcanos*, refiriéndose indudablemente á la que á la sazón se hallaba en uso entre los mudejares de las otras provincias andaluzas y de los reinos de Aragon y Valencia. Asimismo la tiene y muy capital por el gran número de vocablos arábigos que contiene de origen latino y castellano, los cuales vienen á demostrar el hecho de componerse

del Instituto Real de Estudios superiores, que es, segun se lee en el erudito *Prefacio* del orientalista italiano Amari, el Glosario más antiguo de esta lengua que se registra en la literatura europea, pues la fecha de su composicion remonta al siglo XIII, si no es de fines del XII.

Este precioso diccionario, que me dió á conocer mi querido amigo y compañero D. Francisco Javier Simonet, cuyos datos y advertencias me han sido de grandísimo provecho en este estudio, es de un valor inapreciable; pues aparte de contener, como nos dice Mr. Amari, muchos vocablos y significados que se echan de ménos en los diccionarios árabes, no pocos latinos desconocidos de Du Cange, y bastantes vulgares que no se registran en los glosarios lemosines, portugués ni gallego, ofrece la particularidad de deberse probablemente á la pluma del sabio español Raimundo Martin, natural de Subirat, en el Principado Catalan, que en el siglo XIII ingresó en Barcelona en la Congregacion de Frailes Predicadores.

Además de estos vocabulistas he utilizado el que

entónces la poblacion granadina, en su mayor parte, de *Elches* ó cristianos renegados. Además del testimonio que sobre este particular tenemos de los embajadores mandados por el rey D. Jaime II á Su Santidad Clemente V á la sazón del concilio de Viena, cuenta Hernando del Pulgar en la crónica del Gran Capitan, que habiendo entrado en el Albaicin, populoso arrabal de Granada, en socorro de Boabdil, le dijo éste que podia hablar á los moros en aljama (castellano), porque *allí habia aljamiados y assaz declaradores*. El mismo Boabdil, segun Hernando de Baeza, hablaba el castellano, conocimiento que no era peregrino en los reyes Nazaritas, á juzgar por lo que de alguno de ellos nos cuentan los cronistas castellanos.

con el título de *Glosario de las palabras españolas y portuguesas derivadas del árabe* publicó primeramente Mr. Engelmann y ha completado después el sabio orientalista Mr. Dozy, en la segunda edición hecha en Leiden, año 1869.

Ganoso de dar á la lectura y transcripción de los nombres propios arábigos en caracteres castellanos toda la posible precisión, consideré de suma importancia estudiar el procedimiento usado por los historiadores y geógrafos musulmanes en la versión á su propio idioma de los nombres españoles, así como el empleado por los moros mudejares y moriscos en la literatura aljamiada. Este estudio que me ha proporcionado el conocimiento del valor y fuerza de las letras del alfabeto patrio, mucho ántes de la época en que aparecieron los primeros monumentos del romance castellano, que, si bien se mira, no debe considerarse más que como derivación de la lengua rústica latina,¹ ha venido á demostrarme

¹ En las *Observaciones históricas sobre la lengua romana*, dice el eminente filólogo Mr. Raynouard: «Se reconoce hoy que la lengua rústica se formó de la corrupción de la lengua latina que la ignorancia de los que hablaban aún esta lengua en la época de la invasión de las hordas del Norte y su mezcla con ellas modificaron de una manera especial, por cuya razón el nuevo idioma adquirió un carácter distintivo de individualidad. Generalmente se conviene, añade, en que según las circunstancias y la necesidad, este nuevo idioma supo apropiarse las palabras endémicas, resto de las lenguas nacionales y las que los hombres de la irrupción mezclaron al lenguaje usado á la sazón en los países en que se establecieron» (V. Raynouard, *Lex. Rom. ou Dict. de la lang. des trov. comp. avec les autres lang. de l' Eur. Lat.*, vol. I, *Gram.* pág. XIII y XIV). Coetánea la *lingua rústica* de la *lingua urbana*, ó mejor dicho, de la *lingua nobilis*, propia del patriado romano, no es dable admitir su derivación de esta última, como sostiene el docto lexicógrafo francés. En efecto; ya procedan ambas de la fusión del ele-



JUNTA DE ANDALUCIA

la discrecion y exactitud con que, en la mayoría de los casos, transcribieron nuestros antiguos los nombres propios arábigos.

Aunque en el curso de este estudio no hago mérito más que del *Fragmento del poema de José*, que inserta mi querido amigo y maestro D. José Moreno Nieto en el *Apéndice* de su *Gramática de la lengua*

mento osco (en el cual, segun Ramshorn, se encuentran las primitivas formas del latín) con los varios dialectos del úmbrico (volusco, samnita y sabino) y con el etrusco, pueblos componentes de la gran nacionalidad romana, ya se deriven, segun Mommsen (*Unteritalischen dialect.*, pág. 364, ap. Diez, *Gram. des lang. rom.*) de la influencia del Sabelio sobre un dialecto que, sin pertenecer á la misma familia, tuviese con ella grandes afinidades, es lo cierto que desde la conquista de la Magna Grecia, y aún ántes, el patriciado romano, reemplazando las formas, vocablos y locuciones arcaicas por las puramente helénicas, se formó una lengua particular, distinta de la hablada por la gente comun.

Pues de este habla comun ó popular, (V. Diez, *Gram. des lang. rom.* Fasc. I, pág. 4) hija y heredera de los restos del sabino, del osco y del etrusco, idiomas los dos últimos existentes aún respectivamente en los tiempos de Varron y de Sylla, difundida y propagada por toda la extension del imperio, y no de la culta de los escritores y clases elevadas de la sociedad romana, brotaron los romances vulgares, los cuales, en sentir del doctísimo Fuchs (ap. Bähr, *Gesch. der römisch Lit. Carlsruhe*, 1842), no deben considerarse sino como un retoño y natural continuacion del idioma viviente en los labios del antiguo pueblo latino.

Es más; procedentes en su mayoría las letras del alfabeto latino del de los helenos, limadas y saturadas sus articulaciones en los ejemplares griegos, ó como dice Plinio (*Hist. Nat.*), sintiendo los latinos en su lengua la fuerza de todas las letras griegas, de acomodarnos á la opinion de Raynouard, sería de todo punto imposible derivar de ellas las de los idiomas romances, en los cuales figuran muchas completamente peregrinas en ambas lenguas clásicas. Y no se quiera explicar este fenómeno por la accion de las lenguas nacionales sobre la latina culta; porque aunque es indudable que de ellas procedieron algunas, como en opinion de Müller sucedió con la *F* y la *J*, y en la de Grotefend con la *X*, no es posible sostener que razas encortezadas y rústicas las impusieran todas á un pueblo atildado y culto, cuando con la libertad y la patria hicieron el sacrificio de su propia lengua. Tal aconteció, por ejemplo, en nuestra España con los turdetanos, nacion acaso la más civilizada de cuantas existian en la península ibérica, y de los cuales nos dice Strabon (*Geog.*, lib. III, pág. 247, ed. Tardieu, París, 1867) que abrazadas las costumbres romanas habian olvidado su propio idioma. Más puesta en razon sobre los orígenes de las lenguas vulgares nos pa-

arabiga, he consultado otros códices aljamiados en la Biblioteca nacional, en los cuales se observa, con ligeras diferencias, el mismo sistema de correspondencias gráficas que el contenido en el curiosísimo alfabeto que figura en la pág. 46 de la excelente obra citada ¹.

Al dar á luz este trabajo, defectuoso sobre todo encarecimiento, dicho se está que ni pretendo hacerlo prevalecer sobre el de otros de más autoridad que la mía en este linaje de estudios, ni meterme á Mentor de nadie cuando tan necesitado me hallo de lecciones ajenas.

rece la teoría del erudito Ciampi (*Acroasis*, 13) en cuanto sostiene que la pronunciación del antiguo latín vulgar no difería del italiano moderno; opinión ajustada al estado presente de los estudios filológicos y al conocimiento profundo del Sanscrito, por medio del cual se explican satisfactoriamente muchos de los idiotismos y formas arcaicas de las primitivas inscripciones latinas, y cuyo alfabeto nos brinda con articulaciones que, si se echan de ménos en la lengua clásica del Lacio, no es aventurado suponer fueron conservadas como en sagrado depósito en la relegada de antiguo á la gente menuda y popular que con el andar del tiempo se hizo ininteligible á los mismos romanos, segun nos dice Polibio (Lib. III, cap. 22, § 1).

¹ A más del *Poema de José, hijo de Jacob*, Mss. Gg. 401, he hojeado en la Biblioteca nacional la *Historia de Alejandro Dulcarnein*, Gg. 48, de la cual publicó un *specimen*, como modelo de lectura el autor anónimo de los *Principios elementales de escritura árabe*, el *Sumario de la relacion y ejercicios espirituales sacado y declarado* por el mancebo de Arévalo, Gg. 40, y el que contiene *Varios consejos morales para los Mahometanos, fundados en su ley*, Gg. 74.

A la fineza de mi excelente amigo D. Francisco Codera, catedrático de árabe de la Universidad central, debo el haber disfrutado unos fragmentos del titulado *Tafsira* que posee el Dr. Gil, catedrático en la Universidad de Zaragoza. Estos y otros varios códices que existen en la Biblioteca nacional, con los que figuran en la rica Colección del distinguido orientalista Sr. Don Pascual Gayangos, serán pronto conocidos del público por el importante y profundo estudio que ha hecho de la literatura aljamiada el Sr. D. Eduar do Saavedra, que de tanta y tan merecida fama goza en la república de las letras.

En él expongo sumariamente las reglas de transcripcion de los nombres arábigos á la escritura castellana, en virtud de las cuales el lector podrá sin esfuerzo leer aquellos en los manuscritos originales y en los glosarios que, de algun tiempo á esta parte, ponen los editores al fin de sus obras, y fijar por sí mismo las correspondencias alfabéticas.

Para hacer el estudio con fruto deberá comen-zarse por aprender el alfabeto, las vocales ô mocio-nes, y los signos ortográficos, ejercitándose luego en los trozos que van puestos al fin de este opúsculo, más que como modelos de lectura, como muestras del sistema de transcripcion usado por los moriscos y castellanos de los siglos xv y xvi.

Abrigo la esperanza que, además de esto, el lector recabará alguna utilidad de estos apuntes, cuyos limites, como fácilmente se alcanza, no se hallan circunscritos á transcribir en caracteres castellanos los nombres propios arábigos. Cierto que éste ha sido mi capital propósito; pero al hacer referencia al sistema empleado por los múdejares y moriscos en la version á su alfabeto de las letras del nuestro castellano, fué tambien mi ánimo poner al lector en estado de conocer y avalorar esa peregrina literatura, conocida vulgarmente con el nombre de Aljamiada. Es más; al traer á cuento el modo usado por los geógrafos é historiadores musulmanes, por los moriscos y mudejares en la transcripcion á su alfabeto de los nombres propios, de lugar y comunes hispano-latinos, no me propuse solamente, como más

arriba queda indicado, el ofrecer pruebas y confirmaciones de mi sistema de lectura, sino el fijar el valor que á la sazón de la invasión agarena y sucesivamente hasta fines del siglo xvi tuvieron en los labios del pueblo español las letras del abecedario.

El estado á que han llegado en estos últimos tiempos los estudios filológicos, merced á las profundas investigaciones de Grimm, Bopp, Schleicher, Müller, Curtius, Diez y tantos otros, nos allana grandemente el camino para escribir una gramática histórica de la lengua patria, como lo han hecho el doctísimo Ampère, Brachet; Fornacciari y Flechia respectivamente de la francesa, de la italiana y sus dialectos. Pero este trabajo seria, á no dudarlo, imperfecto en cuanto á la parte esencialísima de la fonética, si el que tuviera la fortuna de hacerlo, desconociera de todo punto la naturaleza del antiguo alfabeto hispano, en el cual, aparte de las articulaciones latinas, diversamente moduladas por nuestros naturales, se contienen otras cuyo génesis y derivación hay que buscar en la influencia de los idiomas endémicos sobre la lengua rústica ó plebeya. Pues bien; en el sistema de transcripción de los autores árabes, de los mudejares y moriscos, se nos brinda con este conocimiento, siendo fácil y hacedero, merced á la ayuda y arrimo de intérpretes tan auténticos, el reconstituir y fijar con la posible exactitud el valor de nuestro alfabeto, máxime si se tiene en cuenta que el de los musulmanes ha conservado hasta nuestros días su primitivo ser y carácter.

Aficionado de muchos años acá, en cuanto lo han consentido mis trabajos del foro, al cultivo de las lenguas clásicas, y versado algo, aunque bien poco por desgracia, en la arábica, tengo hechos algunos trabajos sobre esta importante materia que, algún día, cuando á Dios le plazca abreviar los tris-
tísimos que alcanzamos, he de dar á la estampa con su ayuda y gracia.

Como término de este desaliñado estudio, que otros con más erudición y criterio que el mio, llevarán á la posible perfeccion, ruego muy encarecidamente á cuantos se dignen hojearlo, pasen por alto sus muchos lunares, en gracia siquiera de mi propósito al escribirlo, que no fué otro que el de reducir á unidad la variedad en la lectura y transcripcion al castellano de los nombres propios arábigos.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA

ALFABETO ARÁBIGO.

Los árabes escriben y leen de derecha á izquierda. Las consonantes de su alfabeto, que ellos llaman letras, son en número de veintiocho, tres de las cuales, á saber: el *Alef*, el *Gueu* y el *Ye* se usan tambien como vocales. Con excepcion de cinco, todas las letras tienen cuatro formas, segun se unan con la siguiente, con la antecedente y siguiente, con la antecedente ó se hallen aisladas. Los nombres y figuras de todas ellas, así como su valor en el alfabeto castellano, resultan de la tabla siguiente:

Nombres.	Aislada.	Unidas á la antecedente.	A la antecedente y siguiente.	A la siguiente.	Valor.
Alef	ا	آ
Bā	ب	بـ	ب	ب	b
Tā	ت	تـ	ت	ت	t
Tā	ث	ثـ	ث	ث	t
Chim	ج	جـ	ج	ج	ch
Hā	ح	حـ	ح	ح	h
Jā	خ	خـ	خ	خ	j
Dāl	د	دـ	d
Dāl	ذ	ذـ	d

Nombres.	Aislada.	Unidas á la antecedente.	A la antece- dente y si- guiente.	A la siguiente.	Valor.
Rā	ر	ر	r
Zāy	ز	ز	z
Sin	س	س	س	س	s
Xin	ش	ش	ش	ش	x
Sād	ص	ص	ص	ص	s
Dād	ض	ض	ض	ض	d
Tā	ط	ط	ط	ط	t
Dā	ظ	ظ	ظ	ظ	d
Ain	ع	ع	ع	ع	a
Gain	غ	غ	غ	غ	ga
Fā	ف	ف	ف	ف	f
Cāf	ق	ق	ق	ق	ca, que, qui,
Cōf	ك	ك	ك	ك	co, cu.
Lām	ل	ل	ل	ل	l
Min	م	م	م	م	m
Nun	ن	ن	ن	ن	n
Hā	ه	ه	ه	ه	h, en princi- pio de diccion
Gueu	و	و	gu, u, v.
Ye	ي	ي	ي	ي	y, i.

Como vigésima nona letra del alfabeto, algunos

gramáticos cuentan el lam-alef, que no es otra cosa sino la combinacion del ج con el ل en esta triple forma; ل, ل, ل, que suenan *le*.

Siendo muy frecuentes las ligaduras de las letras del alfabeto, así en los libros impresos como en los manuscritos y códices aljamiados, ponemos algunas á continuacion, tomadas de la Gramática arábica de W. Wright, excelente obra que hemos utilizado en este estudio.

Ejemplos de las más frecuentes.

بھ bh

شھ sh

فھ fi

تھ th

دھ dh

لھ lch

حھ hch

اھ ach

لمھ lmh

حھحھ hchch

فھھ fj

يھ yh

DE LA PRONUNCIACION Y VALOR DE LAS LETRAS ARÁBIGAS

JUNTA DE ANDALUCÍA EN EL ALFABETO CASTELLANO.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

El alif que ántes de la introduccion de las moci-
ones en la escritura arábica, hizo los oficios de
vocal, acompañado del *hemza* (أ, إ) equivale al es-
píritu suave de los griegos y al *aleph* movible de los
hebreos. Pero este signo, de dulce aspiracion, rara
vez fué representado en la escritura española, como
lo declaran de consuno los nombres propios que

registran nuestros historiadores y poetas y los comunes que de la arábigo han pasado á nuestra habla castellana.

Este hecho, que Mr. Engelmann sienta como regla general en su excelente *Glosario de las palabras españolas y portuguesas derivadas del arábigo*, en cuanto á los nombres propios tuvo sus excepciones: Así en el *Cronicon Albeldense*, el ح del vocablo حمير se halla representado por nuestra *h*, leyéndose *Hamir* en *Hamir* Almuminin أمير المؤمنين : En el *Repartimiento de Valencia*, hecho por el rey D. Jaime el Conquistador, el ح inicial de las voces أبو y ابن se tradujo del mismo modo por *h*, escribiéndose *Haben* y *Habu*, como *Habenrech*, *Habinalbufera*, *Habuhamar*. Isidoro Pacense, y con él los cronistas é historiadores patrios tradujeron tambien por la *h* el ح del vocablo حمة , leyendo *Humeya*; si bien en el siglo siguiente á la conquista de Granada por los reyes Católicos, se introdujo la novedad de suprimir á veces en la transcripcion de aquel nombre la consonante inicial *h*, representativa del ح , lo que nos hace pensar que en el dialecto arábigo granadino el ح *hemzado* habia perdido casi de todo punto su nativa aspiracion característica, quedando reducido á un signo muerto sin más valor que el de sus respectivas mociones.

Esta observacion no parecerá descaminada fijándose en un pasaje del *Arte para ligeramente saber la lengua arábigo* de Fr. Pedro de Alcalá. En el ca-



pitulo I, que trata del *a, b, c, arábigo y de la maña de su pronunciacion*, se lee: «Estos son los caracteres y nombres de las letras arábigas; las cuales todas se pueden suplir con nuestras letras latinas ó castellanias, de manera que para la comun algaravia no hay necesidad de las saber ni conocer todas, mas solamente cuatro, á saber: *ح h, ذ dil, س c̄ y ع ay*, cuyos sones no tenemos en nuestro *a, b, c*, ni ménos por letras latinas se pueden suplir buenamente.» Súplelas, en efecto, todas las primeras el docto monje gerónimo, con excepcion del *álif*, el cual, en su *Vocabulista arábigo en letra castellana*, que corre unido al *Arte*, no tiene otra representacion gráfica que la de la vocal que le acompaña y pone en movimiento ¹.

Por otra parte, al despojar nosotros al *ح*, como lo hicieron nuestros cronistas, de su dulce aspiracion, reduciendo su sonido al de su mocion respectiva, seguimos el derrotero trazado por los conquistadores musulmanes al trasladar á su lengua nativa

¹ Existen en nuestra literatura dos documentos por extremo interesantes para fijar el valor de las letras del alfabeto arábigo en nuestra escritura castellana, á saber: la elegia del moro de Valencia, que se halla en el manuscrito de la Crónica general, existente en la biblioteca del duque de Osuna, y reprodujo el Sr. marqués de Pidal en su Prólogo al *Cancionero de Baena*, y la curiosísima de Boabdil, inserta por Argote de Molina en su *Discurso sobre la poesia castellana* que va unido á su edicion del *Conde Lucanor*. Pues bien; miéntras en la primera que evidentemente es del siglo xi, el *ح* se halla transcrito por nuestra *h* aspirada, en la segunda, que debió componerse á fines del siglo xv, se ve constantemente representado por la vocal *a*, lo que denota una notable variacion en el eufonismo de la consonante arábiga entre ambas edades, á la vez que confirma nuestras apreciaciones.

los vocablos comunes hispano-latinos. Así en *أبريل* *Aprilis*, *ابنوز* ó *أبنوس* *Ebanus*, *اسبرنجه* *Esparagus*, *أشطب* *Stupa*, *إصطبل* *Stabulum*, *أفسنتين* *Absincium*, *أمليق* *Umbilicus* y *إنسون* *anisium* que se leen en el curiosísimo *Vocabulista arábigo-latino* del siglo XII, publicado por Schiaparelli, el *ʾ* con el *fetha* ó *quesra* se halla usado en equivalencia de las vocales *a*, *e*, *i*, como asimismo lo hicieron los geógrafos de aquella nación en la transcripción al arábigo de los nombres de pueblos ó ciudades españolas, como *أركش* *Arcos*, *أستجة* *Astigi*, *أنتقيرة* *Antiquaria*, *إلبيرة* *Eliberi* ¹.

Otro fenómeno no observado por Mr. Engelmann ni por su sabio continuador Mr. Dozy, es la elision del *ʾ* inicial con el Hemza y mocion adjunta en la version al castellano de muchos nombres arábigos como *Mir* por *Amir* *أمير* en *Miramamolín* *أمير المومنين*, *Hamete* por *Ahmed* *أحمد*, *Boabdil* por *Abu Abdala* *أبو عبد الله*, *Brahem* por *Ibrahim* *إبراهيم*, *Bunazar* por *Abu Nazar* *أبو نصر*, *Bulhagix* por *Abulhachach* *أبو الحجاج*.

Cierto, que no comprendiendo el *Glosario* de los diligentes orientalistas holandeses más que los vocablos comunes derivados á nuestra lengua de la ará-

¹ A veces se hallan algunos nombres escritos con *H* interpretados por el *ʾ*, como *أشيلية* *Hispalis*, *أشبنية* *Hispania*.

biga, no habia para qué apuntar esta novedad de no encontrarse en los recopilados; pero de existir en ellos nos da muestra la voz *laud* العود, en la cual, elidido el *ʔ* del artículo con el *hemza* y *fetha* respectivos, y no pudiendo comenzar ninguna dición árabe por letra *socunada*, se substituyó el *chezma* del *lam* por la mocion del *alif*, escribiéndose *laud* en vez de *alud* ó del portugués *alaude*.

El mismo procedimiento siguieron nuestros mayores en la transcripcion al castellano de ciertos nombres arábigos de lugar, como *Lamalaha* por *Almalaha* الملاحه, *Lamatar* por *Almatar* المطار, *Lacamaur* por *Alcamaur* القمور, alquerias de que hace mencion Abén Aljatib en su introduccion á la *Ihata* (Mss. del Sr. Gayangos). Y no se califique de licencia esta elision del *ʔ* inicial, pues, si bien se considera, así nuestros historiadores, como el vulgo de la gente española no hicieron más que acomodarse á la pronunciacion usual y corriente del pueblo musulman, en cuyos labios, los vocablos apuntados sonaban del propio modo que los trasladaron á la escritura, como nos lo certifica, por lo que respecta al dialecto arábigo granadino, el egregio Fr. Pedro de Alcalá; y en cuanto á los modernos africanos, el *Diccionario arábigo-francés* de Kazimirski, donde se advierte que en el habla ordinaria y comun las voces أبو Abú, أمير Amir, و ابن Aben se pronuncian *Bu*, *Mir* y *Ben*.

No van enderezadas las anteriores observaciones á recomendar la adopcion de todas estas anomalias.

Basta á nuestro propósito consignar, respecto de la representacion gráfica del alif, que, careciendo nuestro alfabeto de signo correspondiente á su dulce aspiracion, ni tuvo generalmente ni puede tener más valor en nuestra escritura castellana, que la de la mocion que le acompaña ¹; en lo que nos hallamos de acuerdo con la ilustrada Comision nombrada por la Academia de la Historia para la version al castellano de códices arábigos.

ب

Corresponde exactamente á nuestra *b*.

ت

Es nuestra *t*.

Esta letra, cuyo sonido se asemeja á la *z* de los griegos y al *th* de los ingleses, es, como lo hace notar en el *Arte Fr.* Pedro de Alcalá, de difícil pronunciacion. Silvestre de Saçy le da el valor de *th*; pero añade que la mayor parte de los árabes no distin-

¹ Así en *أرتاباش* Artabás, *إلبيرة* Elvira, *إدريس* Idris, *أكتييان* Octaviano, el | no tiene otra representacion que la de las vocales *a, e, i, o*, con que respectivamente comienzan estos nombres.

guen la pronunciacion de esta letra de la del ت, ántes la consideran algunos como viciosa ¹. Esta observacion del ilustre orientalista francés se halla confirmada por Cousin de Perceval, el cual en su *Gramática árabe vulgar* nos dice: que en el lenguaje comun el ت tiene de ordinario el valor de la ت, hallándosele de tal modo identificada que los árabes la confunden en la escritura con esta última letra, así la voz ثلاث (tres) se pronuncia *laté* en vez de *tsalatsa*.

No sucedia lo mismo en el dialecto arábigo granadino, por que despues de decirnos Fr. Pedro de Alcalá que en nuestro *a, b, c*, latino no tenemos el sonido de aquella articulacion, que representa con una *c* y tres puntos encima en esta forma *ċ*, añade: «El son y pronunciacion de esta letra ت es de la manera que pronuncian la *c* los ceceosos, poniendo el pico de la lengua entre los dientes altos y bajos. Ejemplo: tres en Arabia decimos *ċalaċa* y no *çalaça*:» explicacion que reproduce al comienzo de su Diccionario, bajo el epigrafe de *Regla y doctrina muy provechosa para todos los que se quisieren aprovechar deste Vocabulista*.

Es de notar que Fr. Pedro de Alcalá advierte reiteradamente, en el curso de su *Arte* y en las *Reglas del Vocabulista*, que al escribir una y otra obra

¹ Vid. Silv. de Saçy; *Gram. ar.*, 2.^a ed., vol. I, pag. 47. En los manuscritos, añade, esta letra se halla frecuentemente confundida con la precedente.

no se propuso exponer los primores de la lengua arábica, sino el habla de la gente popular ¹.

Pero aunque en el dialecto arábigo granadino se asemejase el sonido del ت al de la *ts*, con que hoy la figuran algunos gramáticos, y con ellos la Comision de la Academia de la Historia, es lo cierto que, como se careciese en nuestro alfabeto patrio de letra que representára exactamente la articulacion arábica, así nuestros cronistas como el vulgo de la gente española redujeron generalmente á la *t* el sonido del ت, como se ve en los siguientes nombres propios: *Autuman* y *Otman* عثمان por *Otsman*, *Cultum* كلثون por *Cultsum*, *Tauba* ثوابة por *Tsauba*, *Alhaytam* الهيثم por *Alhaytsam*, *Abenharet* ابن حراث por *Aben Harets*, *Tagarino* ثغرى por *Tsagarí*, y en los comunes hispano-latinos vertidos á su lengua por los árabes españoles, como *terra* ثرا, *catolicus* كاتولق, y *citara* (guitarra) سشارة que se leen en Schiaparelli.

Que nuestra *t* interpretaba cumplidamente el ت, se comprueba por la escritura aljamiada, en la cual la letra arábica se halla alguna vez usada en equi-

¹ «A la cual yo entendí de me conformar, pues para los que hubiesen menester nombres ó partes de mayor especulacion, siéndome otorgada vida y gracia de Dios, entiendo hacer otra obra más comprensiva y mayor, porque en esta tuve por fin de me conformar á la comun lengua, como dije, y no en poco ni en mucho á la limada de los alfaquies ó de aquellos que hablan sutil y perfectamente por los términos de la Gramática arábica; pues que si á estos yo me conformara, no consiguiera mi intento, que es enseñar á los populares é dar doctrina á los que los han de enseñar.» V. Fr. P. de Alc.; *Regl. del Voc.* Granada, 1505.

valencia de la consonante castellana, como en la palabra subrayada del siguiente verso del Poema de José:

شَبْرًا تُكْشِ لَشٍ وَتُرِشُ أَرَامُدَ آلٍ

«Sobre todas las otras era amada ella»¹.

Cierto que nuestros abuelos, á la manera de los turcos y persas, representaron á veces el ت por la z, como en las palabras زغرى Zegri, عثمان Hožmin, y زوربا Zoraya; pero la alteracion que aquella consonante ha sufrido en el transcurso del tiempo, aconseja de suyo la adopcion exclusiva de la t como equivalencia alfabética de la letra arábica, adopcion que se ajusta á maravilla con la doctrina de los insignes gramáticos Silvestre de Saçy y Cousin de Perceval sobre la identificacion del ت y del ت por los mismos naturales arábigos.

ج

Aunque no hay exactitud en representar esta letra con nuestra ch, por ser el sonido de aquella más dulce y blando, debe usarse, sin embargo, en equi-

¹ Vid. Moreno Nieto; *Gramática arábica*, pág. 49.

valencia de la articulacion arábigo, como lo hicieron nuestros antepasados ¹.

Caspari, y con él el autor anónimo de los *Principios elementales de escritura y modelo de lectura*, le dan rectamente el valor de la *g* italiana ante la *e* y la *i*, como en los vocablos *Gesu*, *Giardino*, concordando con Fr. Pedro de Alcalá que transcribe el nombre arábigo de esta letra por la palabra técnica *Gim*, lo que denotaría, á no hallarse cumplidamente demostrado el hecho por nuestro insigne humanista Antonio de Lebrija, mediante la inexistencia en su tiempo de la *g* gutural, que esta consonante tenia en aquella fecha, seguida de *e*, *i* (como le tuvo hasta principios del siglo xvii, ² y áun en fin de sílaba, como veremos despues), idéntico sonido al de la italiana ante las mismas vocales.

Y de ser esto así responde el *Vocabulista arábigo en letra castellana* del mismo autor, donde el ζ se halla representado ya por la *g*, ya por la *j*, ya finalmente por la *ch* y la *x*, cuyos sonidos fueron hasta principios del siglo xvii muy semejantes ³.

¹ Al decir nosotros que no hay exactitud al transcribir por la *ch* el ζ arábigo, nos fundamos, entre otras, en la grave autoridad del maestro Antonio de Lebrija, el cual, al tratar en el capítulo V de su inapreciable *Gramática castellana* de los oficios de la *c*, nos dice: «El otro oficio que la *c* tiene prestado es cuando despues della ponemos *h*, cual pronunciacion suena en las primeras letras de estas dicciones: *chapin*, *chico*, la cual así es propia de nuestra lengua que ni judios, ni moros, ni griegos, ni latinos (entiéndase del latin clásico, pero no de la lengua rústica) la conocen por suya.

² Vid. Francisco del Rosal; *Oríg. y etim. de todos los voc. orig. de la leng. cast.*; manuscrito de la Biblioteca nacional.

³ En demostracion de esta verdad podemos aducir el testimonio de los cronistas y geógrafos árabes y el *Vocabulista in arabico* publicado por Schiaparelli.

Es sin embargo de notar que la *g* figura principalmente como representativa del ج alternativa-mente con la *j* románica, y alguna vez con la *ch* española, cuando, como dejamos apuntado, le siguieren inmediatamente *e*, *i*, siendo reemplazada por la *j* y la *x* con valor lemosin, ó por la *ch*; cuando fuese otra la vocal subsiguiente, ó fuese letra consonante, ó estuviere el ج en fin de dición sin las vocales *fetha* ó *quesra* ¹.

Esta ortografía de Fr. Pedro de Alcalá se halla confirmada por las voces de estirpe arábica que han pasado á nuestra habla castellana, como Hagib حاجب, Geliz جلاس, aljama y en el dialecto granadi-

en cuyas obras la letra *g* seguida de *e*, *i* y á veces de *a*, *o*, *u*, la *j* románica y la *c* antepuesta á las vocales *e*, *i*, se tradujeron por el ج, como lo declaran los siguientes ejemplos: Galecia جالقية, Gabriel جبريل, Galienus جاليانوس, Jaca جاقا, Guadalajara الحجارة وادى, Berenger برنجال, Cartaginis قرطاجنة, Virgi برجة, Astigi أستجة, Gipsus جبس, Singilis شنجل, Sparragus اسبرنجة, Tegula تجولة (Tijola), Tagus تاجة, Magus مجوس, Francia افرنجة, Racemus رجيم, Vespertilis (murciélago) مرجيقل, Sancius سنجة, Sanciulus سنجول, December دجنبر, Vinacium بئجه, Panicum بنج.

¹ Alguna vez se usó tambien de la *g* como letra final de sílaba ó dición con valor de la *ch* en representacion del ج, como en las palabras Megles مجلس por Mechles, Negdi en Bib Negdi باب نجد por Bib Neched (puerta del arrabal del mismo nombre en la Granada árabe) Borg y Burg برج, por Borch (torre) que se leen repetidamente en los *Repartimientos de Valencia y Sevilla*, y por no citar otros ejemplos, Abulagiag ابو الحجاج por Abulhachach, que se encuentra en el *Revelion de los moriscos* de Marmol.

no por la *imela*, algima الجامع, Tajarja تاجرji, Ixar ياجر, Churriana جرليانة, Belgi بلج, y todos los actuales nombres de lugar compuestos con سچشر y مرج que se leen en Aben Alabar y Aben Aljatib, como *Ma-charatalam*, *Macharnoh*, *Megedelfés* y *Majarocad*.

Y que este y no otro era el valor que los moros andaluces daban al ج, resulta del poema aljamiado de José y de los otros códices del mismo género que registran nuestras bibliotecas, en los cuales se ven constantemente representadas las sílabas *ge*, *gi*, y las consonantes *g* y *j* (*g*) por el ج.

Convertidas hoy en guturales la *g* y la *j*, sólo nos queda la *ch* para representar gráficamente el sonido del ج, como lo hace la Comision de la Academia de la Historia en el alfabeto que insertó don Emilio Lafuente Alcántara en el Prólogo al *Ajbar Machmuá*.

ح

De idéntica significacion al ך del alfabeto hebráico, es el ح un espíritu gutural fuerte que ocupa un lugar intermedio entre el ڤ *he* suave y el sonido áspero y profundo del خ.

Aunque los europeos, y aún los persas y turcos familiarizados con la lengua arábica, alcanzan con dificultad la pronunciacion exacta del ح, segun observa Silvestre de Saçy, no puede decirse lo mismo de los españoles del siglo xvi, pues en las *Reglas*

que sobre el valor y correspondencia de ciertas letras arábigas en las nuestras castellanas preceden al *Vocabulista* de Fr. Pedro de Alcalá se lee: «La segunda letra, que es el ح, no tiene mucha necesidad de plática, por que casi ese mesmo son tiene en el arauia y en aljamia (ó lengua castellana) ¹. Ca así como decimos en castellano *hacer*, así en arauia *nahmel*, que quiere decir llevar, decimos *hamelt* ó *hamd.*» Este valor gutural del ح lo explica el mismo sabio gramático con ocasion del ح diciéndonos: «que aquella letra suena *blanda y aspiradamente entre nos;*» doctrina que reproduce en las citadas Reglas, añadiendo sobre su representacion gráfica, que por esta letra susodicha está en el *Vocabulista* la *h*, y áun por otra letra que se llama *he* (*ه*).

En las palabras españolas de origen arábigo se halla tambien el ح representado por la *h*, cuya letra tradujeron recíprocamente los moros mudejares por el ح en el alfabeto aljamiado.

En los nombres propios musulmanes que traen nuestros cronistas y poetas se suprimió á veces la *h*, representativa del ح, (fenómeno que asimismo se

¹ Esta circunstancia hizo creer equivocadamente al maestro Antonio de Lebrija que la articulacion gutural de nuestra *h* reconocia un origen árabe ó hebreo. En efecto; al ocuparse de esta letra en el cap. V de su docta *Gramática castellana*, nos dice: «la cual letra, aunque en el latin no tenga fuerza de letra, es cierto que como nosotros la pronunciamos hiriendo en la garganta, se puede contar en el número de las letras, como los judíos y moros, de los cuales *nosotros la recibimos*, quanto io pienso, la tienen por suya.» A haber tenido presente el ilustre gramático que nuestros cronistas latinos emplearon esta letra en representacion del ح, ح y el ه es bien cierto que no hubiera emitido tal opinion.

observa en los comunes de aquella lengua), como Abderraman por Abderrahman عبد الرحمن, Abulagig por Abulhachach أبو الحجاج, Atabin por Hatabin حطابين, plaza y arrabal de Granada en tiempo de moros. Esto denota que la aspiracion gutural del ح debió de ser tan imperceptible á veces en ciertas localidades entre nuestros árabes andaluces, que confundieron su sonido con el de la mocion respectiva, como, segun testimonio de Mr. de Saçy, sucedió con esta letra y el *s* que, en sentir del ilustre gramático, desempeñaron en lo antiguo los oficios de vocal ¹.

Habiendo perdido la *h* su valor gutural, es un verdadero anacronismo el seguir interpretando con ella el ح; porque si, como presupone el maestro Antonio de Lebrija, en consonancia con cuantos escriben de ortografía, así tenemos de escribir como pronunciamos y pronunciar como escribimos (Vid. *Gramática de la leng. cast.*, cap. v), excusado parece hacer uso de una letra destituida hoy de su primitivo sonido. Por otra parte, la supresion de la *h* en la transcripcion á la escritura castellana de los nombres árabigos no podria tildarse de peregrina, pues, como hemos visto, sin ella la tradujeron con frecuencia nuestros cronistas, precisamente en época en que aquella letra tenia la fuerza gutural que hoy

¹ Vid. Silv. de Saçy; *Gram. arab.*; segunda edicion, vol. I, pág. 4.

se conserva en Andalucía y en algunas localidades de Asturias en las dicciones que por ella comienzan.

Ahora ; si, por consideraciones etimológicas y por el escrúpulo de que se altere la transcripcion tradicional de los nombres arábigos, se quiere seguir el procedimiento de nuestros orientalistas, empléese en buen hora la *h* por el ح ; pero sin abigarrarla con el aditamento del punto que le coloca debajo, en esta forma *ḥ*, la Comision de la Academia de la Historia (V. *Ajbar Machmuá*, pág. vii del Prólogo), pues aun con haber usado Lebrija con la *ch*, y fray Pedro de Alcalá con la *h̄* representativa del ح , idéntico procedimiento, la sencillez de la ortografía patria no se compadece con aquella novedad ¹.

ح

A principios del siglo xvi, en que se dió á la estampa el *Arte* de Fr. Pedro de Alcalá, no existia en nuestro alfabeto lo *j* como articulacion gutural. En efecto ; al explicar el sabio gramático el valor de esta letra nos dice : « onde es de saber que el son y voz de esta letra ح es como el de la *h* entre

¹ Fr. Pedro de Alcalá que, como hemos visto, tradujo el ح y el س por la *h*, nos dice con ocasion del ج : « Esto mesmo quando quiera que se halle la *h* se ha de pronunciar recia y fuerte, como se hace con este vocablo *hacer* en el aljama ó castellano. » Téngase esto en cuenta, de emplearse la *h* por el ح , como lo hacemos nosotros, para dar á la consonante española el sonido de la articulacion arábica.

nos, salvo que la *h* suena blanda y aspiradamente entre nos y esta letra suena recia y apretadamente ante del gallillo de la parte de arriba, como parece por experiencia en la habla.» Esto dice en el *Arte*, añadiendo en las *Reglas del Vocabulista*: «la tercera letra, que es la *h* con dos puntos (*h̄*) tiene el sonido de la *h*, aunque más áspero y recio, sonando fuerte cabo el gallillo; así como si pusiéramos una *g* ántes de la *h* diríamos *gha*, y de esta manera sucede en esta letra, la cual hace grande diferencia entre las palabras arábigas. Ejemplo: decimos por cinco *hamçe* y no *hamçe* ó *hemçe*.»

Cuando á principios del siglo xvii escribieron sus respectivas obras Francisco del Rosal, Aldrete, Covarrubias, Mateo Aleman y Gonzalo Correas, no figuraba la articulacion actual de la *j* en nuestro alfabeto. Hasta aquella fecha, en representacion del *خ* usaron nuestros antepasados de la *g*, la *c*, la *q*, la *h* en algunos de nuestros cronistas latinos, y más frecuentemente de la *h* y en lugar suyo de la *f*, como se ve por los siguientes ejemplos: Alfacar *الخار* (pueblo en la vega de Granada); algarroba *الحروبة*, Halifa *خليفة*, *Haxibin* *خشاين* (nombre del barrio de san Pedro en Granada en la época árabe), Adahil *الداخل* (sobrenombre de Abderrahman I, fundador del califato de Córdoba).

Pero habiéndose operado á mediados del siglo xvii la extraña metamórfosis de convertirse en guturales las paladiales *g* ántes de *e*, *i*, la *x* y la *j* románicas, como observó, entre otros extranjeros, el diligente

gramático Gaspar Sciopio, el χ obtuvo, aunque imperfecta, representación propia en la última de las consonantes citadas ¹.

Cierto es que la aspiración gutural española aparece desde los primeros monumentos escritos de la lengua; pero no representada por la *j*, letra paladial,

¹ No hay que buscar el origen del sonido actual de la *j* ni en el latín clásico ni en el idioma gótico, cuyos alfabetos, como observan los ilustres gramáticos, Francisco Bopp (Vergl.; *Gram.*) y Federico Diez, careció de aspiradas guturales propias. En cuanto al árabe, opina Delius (*Roman Sprach.*, pág. 29), citado por Federico Diez (*Gram. des lang. rom.*, fasc. II, pág. 345) que no es probable que se deba á ellos esta particularidad orgánica, no encontrándose en los demás países en que se establecieron, como por ejemplo en Portugal. Hay por consiguiente que adjudicar la introducción de este sonido en el alfabeto castellano á la lengua rústica latina, modificada por los dialectos endémicos iberos, ibero-celtas ó turanianos; pues es de notar que en el guipuzcoano, uno de los representantes de la primitiva habla ibérica, según Guillermo de Humboldt y otros no menos insignes filólogos, se encuentra aquella articulación con igual fuerza y valor, y no ciertamente en los vocablos de procedencia española, como equivocadamente opina Federico Diez con Larramendi (Dic. I, xxx), sino en los de indubitada alcurnia vasca, como *Jauna*, *Jangóicoa*, *Jáuregui* y otros muchos. Tampoco estamos conformes con el insigne filólogo alemán, en que los más antiguos monumentos de la lengua castellana den á la consonante española el valor gutural que hoy representa. Los lexicógrafos españoles citados, y la Gramática castellana de Antonio de Lebrija, demuestran, bien paladinamente por cierto, la inexactitud de esta afirmación. La *j* entre nosotros tuvo generalmente hasta principios del siglo xvii dos valores representativos de las dos tendencias de nuestra literatura. En la erudita, aquella letra no tuvo más fuerza que la que se le daba en el latín clásico, y en la popular la que hoy mismo conserva en los dialectos lemosín y gallego; y si bien es cierto que en el primer tercio del siglo xvi se encuentra alguna escritura castellana en que la *h* y la *j* se emplean alternativamente en representación del χ ,

como en el vocablo الطابين los *Leñadores* (nombre de una plaza y arrabal de la Granada árabe), escrito *Hatabin* y *Jatabin*, valor que debió acentuarse al concluir aquella centuria, á juzgar por lo que á propósito de la *g* se lee en Juan Lopez de Velasco (*Ort. cast.*, pág. 116 y 117, Búrgos, 1582), no debió trascender á la sazón la novedad á la esfera literaria, cuando escritores posteriores, de la autoridad de Francisco del Rosal, Mateo Aleman, Aldrete, Covarrubias y Gonzalo Correas no hacen mérito de ella.

sino por la *h*, consonante por la que se tradujo el *ح* arábigo.

En el eufonismo propio de la *h*, hay pues que buscar el origen del de nuestra *j* actual, habiéndose generalizado esta translacion de sonido á dicha letra y sus afines, (la *g* ántes de *e*, *i*, y la *x* románica), en el reinado de Felipe iv. Despojada entónces la *h* por los cultos de su primitiva aspiracion característica, fué relegado su sonido á la gente popular, tal cual se conserva hoy entre la andaluza, en cuyos labios la pronunciacion de la *h* y la *j* es perfectamente idéntica.

د

Es nuestra *d*, que los cronistas y geógrafos árabes representaron por el *dal* de su alfabeto, como Daroca دروكة, Cades قادس, Emerita ماردة. Los escritores cristianos dieron á la articulacion arábiga la representacion de la *d*, alternativamente con la *t*; como en Yecid يويد, Gualid وليد, Mahomad محمد; pero entre ambas letras castellanas, damos la preferencia á la *d*, cuyo sonido se halla más en consonancia con el del د.

ذ

Definela Caspari: «*d* blæsum extrema lingua per dentes trusa pronuntiandum»¹, de cuyo pa-

¹ V. Gram. arab. in usum scholarum academicarum, scripsit Carolus Paulus Caspari. Lipsiæ; 1848.

recer son de Saçy, que la traduce por la *dz*, y W. Wright, que la identifica con el *ð* de los griegos modernos y la *th* de los ingleses en las voces *this*, *with*.

Fr. Pedro de Alcalá cuenta esta articulacion entre las cinco letras arábicas que no se pueden suplir buenamente con nuestro *a*, *b*, *c* latino por carecer en él de sonido correspondiente; por lo cual, añade, hay necesidad de conocerla, así como su carácter y su voz y fuerza para pronunciar rectamente las palabras arábicas. Al tratar del ث dijimos, citando al sabio monje, «que su son y pronunciacion es de la manera que pronuncian la *c* los ceceños, poniendo el pico de la lengua entre los dientes altos y bajos.» Pues bien, segun el diligente gramático, *eso mesmo se entiende del dil*, explicacion que reproduce más por extenso en las *Reglas del Vocabulista*, donde se lee: «La cuarta letra consonante es ذ que es *d*, pero muy blanda, de manera que en lugar de ella ponemos *d* con un punto encima ḍ , porque conozca el lector que aquella sirve por ḍ y no por *d*, y su pronunciacion es entre los dientes altos y bajos, poniendo el pico de la lengua, como fué dicho de la ذ . Ejemplo: Aquel en arabia decimos *ḍic* y no *diq*, que quiere decir gallo.»

Pero si tal era la pronunciacion que el ذ tenia en el dialecto granadino, no es ménos cierto que, así en las palabras derivadas del arábigo, como en los nombres propios, se halla representado por nuestra *d* sin el aditamento del punto que le coloca encima

Fr. Pedro de Alcalá ¹, como Almuédano المودن, Alpedex البيدش, que se lee en la *Tecmila* de Aben Alabar; Mondir y Almundar مندر, Hodera عذرة, Odifa خذيفة en el arzobispo don Rodrigo (*Hist. aráb.*), en el *Cronicon de Sampiro* y otros; Rudericus لذريق, Adphonsus اذفونش, don Nuño ذوننة, Burdeos برذيل que registra Macari, y en December ذجنهر que trae Schiaparelli.

Esta identidad de interpretacion entre castellanos, árabes y mudejares parece denotar, á pesar de lo expuesto por Fr. Pedro de Alcalá, que en el lenguaje de la gente comun, áun ántes de la conquista de Granada, no se hacia marcada diferencia entre el د y el ذ, lo que en verdad nada tendria de extraño, asegurándonos Silvestre de Saçy que la mayor parte de los pueblos que hablan el árabe no hacen diferencia alguna entre el د y el ذ, pronunciando una y otra letra como nuestra *d* ², testimonio que, por lo que se refiere al dialecto argelino, confirma Cousin de Perceval, diciéndonos que en el lenguaje usual se confunde con el د, en cuya demostracion cita las palabras ذهب *Deheb* y ذاق *Dac* ³.

Por estas razones hemos adoptado la *d* en equivalencia del ذ, apartándonos de la interpretacion de *dz*, con que la figura la Comision de la Academia de la Historia, por no compadecerse con la tradicional,

¹ Debemos hacer constar que el mismo Fr. Pedro de Alcalá transcribe frecuentemente en su *Vocabulista* el ذ por la *d* sin el punto.

² Vid. de Saçy, *Gram. aráb.*; seg. ed., vol. I, pág. 19.

³ Vid. Cous. de Perceval; *Gram. aráb.*, pág. 6, París, 1843.

dada recíprocamente á esta letra por españoles y árabes desde la época de la conquista musulmana hasta su definitiva expulsion.

ر

Es nuestra *r*, que se convirtió á veces en fin de dición en *l*, como en Alguacil الوزير por Alguacir.

ز

Responde su articulación á la *dz* eúscara, á la *z* francesa y á la *f* alemana en la palabra *Rofe*. Fray Pedro de Alcalá, que la llama técnicamente *Zey*, parece como que le da el mismo valor. Ello es lo cierto que, en los vocablos castellanos derivados del árabe, el *ز* está constantemente representado por la *z* y la *c*¹, así como en la escritura aljamiada la consonante árabe fué empleada por los moros mudejares en equivalencia de la *z*. ¿Pero acaso esta letra tuvo á principios del siglo *xvi* el mismo valor que en el actual? No vacilamos en contestar negativamente, teniendo en cuenta que, en el uso vulgar en concurrencia con la *s* y la *c* con cedilla (*ç*), se usó de la *z*

¹ Y también en los nombres propios y sobrenombres, como Zaide زيد, Abdalaziz عبد العزيز, Zagal (Schiap. Strennus) زغال (sobrenombre de Abu Abdala Mahomad ben Saad, rey de Granada) ó Azagal الزغال, como se lee en Andrés Bernaldez (*Crón. de los Reyes católicos*), Almazdali المزدالي, en los *Anales toledanos*, II, y Zorzal (*turdus*) زُرْزُل en Schiaparelli.

para interpretar las sibilantes *س* y *ص*, lo que denota que, á la sazón, la expresada consonante castellana apenas se distinguía de sus afines, conjetura que no parecerá descaminada, si se aprecia como un recuerdo de la antigua pronunciación la que en nuestros días conserva la *z* en algunas localidades andaluzas, y se tiene presente el grave testimonio de gramáticos y hablistas de la autoridad de Mateo Aleman ¹. A pesar de estas observaciones y de su evidente impropiedad, amantes de la tradición patria, y acomodándonos al común sentir de los gramáticos, representamos el *;* por la *z*, sin más limitación que la de reemplazarla por la *c* cuando siguiesen á aquella consonante las vocales *e* ó *i*, como lo hicieron alguna vez nuestros antepasados en igualdad de circunstancias. Ejemplo: *زَنَاتَة* Zenete y Cenete, *البيازين* Albaizin y Abdalaziz y Abdalaciz *عبد العزيز* en el Repartimiento de Valencia.

¹ Sabido es que la *z*, desconocida en los alfabetos etrusco y latino (V. Bähr, *Gesch. der Röm. lit.*), fué introducida en Roma en los últimos tiempos de la República romana. Mateo Aleman (*Ort. cast.*, pág. 75, Méjico, 1609), que fija la fecha en la época de Augusto César, nos dice al tratar de esta letra: *Muchos la equivocan con la ç i otros la truecan con la s; no ai letras con que advertirlo para que no se yerre, más del oido i entendimiento de cada uno.* En el mismo autor, al ocuparse de la *ç* con cédilla, se lee: *Los árabes la usan mucho i de ellos la tenemos en muchas dicciones, no con poco fruto, para el uso de nuestra pronunciación. I aunque andan trocadas entre andaluces, reino de Toledo i castellanos viejos la ç por la s, i la z por la c, quien atentamente las considere, hallara el vizio.* Y en efecto, debía de haberlo en el uso de esta letra, si se atiende á que, según Juan Lopez de Velasco, debía pronunciarse *arrimada la parte anterior de la lengua á los dientes, no tan apegada como para la ç, sino de manera que quede paso para algún aliento ó espíritu, que adelgazado ó con fuerza y pronunciación salga con alguna manera de zumbido, que es en lo que difiere de la ç* (V. *Ort. cast.*, Búrgos, 1582).